

mo y tenerse en poco, y desear ser tenido de los otros en poco, ha de nacer la humiliación exterior, que tal se muestra el hombre por defuera cual se estima de dentro: quiero decir, que así como el humilde se desprecia interiormente en sus mismos ojos, y se tiene por indigno de toda honra, así ha de ser el tratamiento exterior, y las obras exteriores que hiciera: échese de ver en las obras la humildad interior que hay allá dentro, escoged el lugar mas bajo, como dice Cristo nuestro Redentor; no os desdeñeis de tratar con los pequeños y bajos; holgaos con los oficios humildes, y esa misma humiliación exterior, que nace de la interior, acrecentará esa misma fuente de donde nace.

CAPÍTULO XXIV.

Confirmase lo dicho con algunos ejemplos.

Cuenta Pedro Cluniacense (1), que hubo en la Orden de la Cartuja un religioso de santa y aprobada vida, á quien Nuestro Señor conservó tan casto, puro y entero, que ni aun entre sueños tuvo jamás ninguna ilusión. Llegándose la hora de su muerte, como asistiesen á su cabecera todos los religiosos, el Prior, que tambien esta-

(1) Petr. Cluniac. lib. 2 miraeul. cap. 19; et Titelm Brandembr. lib. 2 collat. sacram, cap. 33.

ba allí, le mandó que les dijese cuál era la cosa en que entendia haberagrado mas á Nuestro Señor en esta vida. Él respondió: Padre, dificultosa cosa es la que me mandas, y que en ninguna manera la dijera si la obediencia no me obligara á ello. Yo desde mi niñez he sido muy afligido y perseguido del demonio; pero segun la muchedumbre de los dolores y tribulaciones que padecia mi corazón, así era recreada mi ánima con las muchas consolaciones que Cristo y la Virgen María su madre me enviaban. Estando, pues, yo un dia muy afligido y fatigado con graves tentaciones del demonio, aparecióme la soberana Virgen, y con su presencia huyeron los demonios, y cesaron todas sus tentaciones; y despues de haberme consolado y animado á perseverar, y á ir adelante en la virtud y perfección, me dijo: Y para que mejor puedas hacer esto, te quiero decir en particular de los tesoros de mi Hijo tres maneras ó ejercicios de humildad, en las cuales ejercitándote agradarás mucho á Dios, y vencerás á tus enemigos: y son, que te humilles siempre en estas tres cosas, en la comida, en el vestido, y en los oficios que hiciere: de manera que en el comer desees y procures los manjares mas viles, y en el vestido el mas pobre y grosero, y cuanto á los oficios, procures siempre los mas bajos y humildes, teniendo por grande honra y ganancia ocuparte en otros oficios

mas abatidos y despreciados de que otros se desdeñan y huyen. Y en diciendo esto desapareció, y yo imprimí en mi corazón la virtud y eficacia de aquellas sus palabras, para hacer de allí adelante segun ella me habia enseñado, y con esto ha sentido mi ánima gran provecho.

San Casiano (1) cuenta del abad Pafnucio que, siendo monje en Egipto, y abad de un monasterio, por sus venerables canas y admirable vida estimado y honrado de los monjes como padre y maestro, llevando mal tanta honra, y deseando verse humillado y olvidado, y tenido en poco, una noche salió secretamente de su monasterio, y vistiéndose un hábito de seglar, se partió para el monasterio de Pacomio, que estaba muy lejos del suyo, y florecia entonces mucho en rigor y fervor de santidad, para que así, no siendo conocido, le tratasen como á novicio, y le tuviesen en poco: y estuvo á la puerta muchos dias pidiendo el hábito humildemente, postrándose y arrodillándose delante de todos los monjes; y allí de propósito le despreciaban y daban en rostro que, despues de estar harto de gozar del mundo, á la vejez venia á servir á Dios, cuando parece que venia mas por necesidad, y porque le diesen de comer y sirviesen, que no para servir él. Al fin le recibieron, dándole el cargo de la huerta

(1) Cassian. lib. 5 de instit. renuntiantium, cap. 30 et 31; et collat. 20, cap. 21.

del monasterio, poniéndole otro por superior, á quien en todo obedeciese. Haciendo su oficio con grande exacción y humildad, procuraba hacer todo lo que otros rehusaban, que era lo mas molesto de casa; y no contentándose con lo que hacia de dia, se levantaba de noche secretamente, y aderezaba las cosas que podia de casa, sin que pudiese ser visto, maravillándose todos por la mañana por no saber quién lo hacia. Estuvo así tres años muy contento de la buena ocasión que tenia entre manos de trabajar y ser tenido en poco, que era lo que tanto habia deseado; y como sus monjes sintiesen mucho la ausencia del tal Padre, salieron algunos de ellos á buscarle por diversas partes, y ya desconfiados de hallarle, al cabo de tres años, como pasase por el monasterio de Pacomio uno de los monjes de Pafnucio, bien descuidado de hallarle, al fin le reconoció estando el Santo estercolando la tierra. Echóse á sus piés: los que le vieron no poco se espantaron de esto; y mas cuando supieron quién era, por la fama que de él y de sus cosas tenian, pidiéronle perdón. El santo viejo lloraba su desdicha en haber sido descubierto por envidia del demonio, y perdido el tesoro que allí tenia. Lleváronle, aunque por fuerza, á su monasterio: recibieronle con incomparable alegría, y guardáronle desde entonces con mucha diligencia. Pero no fue parte esto para que él (con el deseo

grande que tenia de ser menospreciado y desconocido, y con el sabor y gusto de aquella vida humilde que en el otro monasterio habia tenido) dejase de salir otra noche, teniendo antes concertado de partirse en una nao á Palestina, que era muy léjos: hizose así, aportando al monasterio de Casiano. Pero Nuestro Señor, que tiene cuidado de levantar los humildes, ordenó como allí fuese descubierto de unos monjes suyos, que allí habian venido á visitar aquellos santos lugares, siendo el santo viejo por estas cosas mas estimado.

En las vidas de los Padres se cuenta de un monje, que habiendo vivido mucho tiempo en el yermo en soledad, en gran penitencia y oracion, le vino una vez al pensamiento que ya debia de ser perfecto; y púsose en oracion, y pidió á Dios: Señor, muéstrame lo que me falta para la perfeccion. Y queriendo Dios humillar sus pensamientos, oyó una voz que le dijo: Vé á tal persona (que era un hombre que guardaba puercos) y haz lo que él te dijere. Y en el mismo tiempo fuele revelado al otro como iba á hablarle aquel solitario, y que le dijese que tomase el azote, y guardase los puercos. Llegado el viejo solitario, despues de haber saludado al otro, díjole: Yo deseo servir mucho á Dios: dime por caridad lo que me conviene hacer para eso. Díjole el otro: ¿Harás tú lo que yo te dijere? Respondió el viejo que sí. Entonces díjole: Toma

este azote, y véte á guardar los puercos. Él obedeció, porque deseaba servir á Dios y alcanzar lo que le faltaba para la perfeccion. Y andaba el buen viejo con su azote guardando puercos, y los que le conocian, que eran muchos, por ser grande la fama de su santidad en aquella tierra, viéndole guardar puercos, decian: ¿Habeis visto como aquel viejo solitario, del cual oíamos decir tan grandes cosas, se ha tornado loco, y anda guardando puercos? Los muchos ayunos ó la mucha penitencia le debieron de secar el cerebro, y ha enloquecido. Y el buen viejo, que oia decir estas cosas, llevábalo con mucha paciencia y humildad, y perseveró así algunos dias, y viendo Dios su humildad, y que llevaba de buena gana aquellas afrentas y vituperios, mandóle que de nuevo se tornase á su lugar.

En el Prado espiritual se cuenta de un santo obispo, que dejado el obispado y su honra, se vino solo á la ciudad santa de Jerusalem con deseo de ser tenido en poco, porque no era de nadie allí conocido; y vistiéndose pobremente, asentó por peon en las obras públicas, sustentándose con su trabajo. Habia allí un conde llamado Efremio, hombre piadoso y prudente, el cual tenia á su cargo reparar los edificios públicos de la ciudad: este vió diversas veces al santo obispo dormir en el suelo, y veia una columna de fuego que salia de él que llegaba al cielo, lo cual le te-

nia muy maravillado por verle un hombre tan pobre y súcio con la tierra de los edificios, crecido el cabello y barba, y que vivia en un oficio tan vil y despreciado. Finalmente un dia no se pudo contener sin que le llamase aparte, y le preguntase quién era. El Santo respondió que era uno de los pobres de la ciudad, y que pasaba su vida en aquel trabajo por no tener con qué sustentarse. Al Conde no le quietó esta respuesta, queriéndolo así Dios para honrar á su siervo, descubriendo su humildad; y así le volvió á preguntar una y muchas veces quién era con tan grande instancia, que le constriñó á descubrirselo: y así le dijo que con dos condiciones se lo descubriria; la una, que mientras viviese no habia de descubrir nada de todo lo que le dijese; la otra, que no le habia de preguntar su nombre. Concedióselo, y él le descubrió como era obispo, y que por huir la honra y estimacion habia venido huido.

Cuenta san Juan Clímaco, c. 4, de un hombre principal de Alejandria, que vino á ser recibido en un monasterio, al cual el abad, como le pareciese por su aspecto y otras señales hombre áspero, altivo é hinchado con la vanidad del siglo, quiso llevarle por el seguro camino de la humildad, y así le dijo: Si verdaderamente has determinado de tomar sobre tí el yugo de Cristo, haste de dejar ejercitar con los trabajos de la obediencia. Él

respondió: Así como el hierro está en las manos del herrero sujeto á todo lo que quiere hacer de él; así yo, Padre, me sujeto á todo lo que me mandares. Pues quiero, dijo él, que estés á la puerta del monasterio, y te derribes á los piés de todos cuantos entran y salen, y les digas que rueguen á Dios por tí, porque eres gran pecador. Él obedeció muy bien á esto, y despues de haber estado siete años en este ejercicio, y alcanzado por este medio una grande humildad, quiso el abad recibirle en el monasterio en compañía de los otros, y ordenarle, como merecedor de esta honra; mas echando muchos rogadores, y entre ellos al mismo san Juan Clímaco, acabó con el superior que le dejase en el mismo lugar y ejercicio que hasta entonces habia tenido, hasta que acabase su carrera, como significando ó conjeturando que ya el dia de su fin se llegaba; y así fue, porque diez dias despues de esto Nuestro Señor le llevó para sí, y siete dias despues llevó consigo al portero del mismo monasterio, á quien habia prometido en su vida que, si despues de su muerte tenia alguna cabida con Dios, le negociaria que fuese su compañero muy presto, y así fue. Y dice mas el mismo Santo, que cuando estaba vivo, y se ejercitaba en aquel ejercicio de humildad, le preguntó en qué se ocupaba ó pensaba en aquel tiempo, y respondió que su ejercicio era tenerse por indigno de la conversacion del

monasterio, y de la compañía y vista de los Padres, y de levantar los ojos para mirarlos.

Cuéntase en la vida de los Padres, 2 part., § 80, que contaba el abad Juan que un filósofo tuvo un discípulo que cometió una culpa, y díjole: no te perdonaré, si no sufres las injurias de otros por tres años. Hízolo así, y vino por el perdón, y volvióle á decir el filósofo: no te perdono, si no das premios otros tres años porque te injurien. Hízolo así, y entonces le perdonó, y le dijo: ya podrás ir á Atenas á aprender la sabiduría; con lo cual fué á Atenas, y un filósofo injuriaba á los que entraban á oírle de nuevo, por ver si tenían paciencia, y como le hiciese una injuria, y él se riese, díjole: ¿Cómo te ries, injuriándote yo? Respondió: Tres años dí dones porque me injuriasen, y ahora hallando quien me injurie de balde, ¿no quieres que me ria? Entonces dijo el filósofo: Entra, que tú eres bueno para la sabiduría. De lo cual concluía el abad Juan que la paciencia era la puerta de la sabiduría.

El P. Mafeo, en la vida que escribe de nuestro bienaventurado Padre san Ignacio, lib. 3, c. 5, cuenta que yendo una vez nuestro santo Padre en peregrinacion de Venecia á Padua con el P. Diego Lainez con unos vestidos muy viejos y remendados, viéndolos un pastorcillo, se llegó cerca de ellos, y comenzó á reír y burlar de ellos. Se paró nuestro santo Padre con

mucha alegría, y diciéndole el compañero que por qué no andaba y dejaba aquel muchacho, respondió: ¿por qué habemos de privar á este niño de este contento y alegría que se le ha ofrecido? y así se estuvo parado para que el muchacho se hartase de mirarlo, y de reír y burlar de él, recibiendo él mayor contento con este desprecio, que los del mundo reciben con las honras y estima.

De nuestro Padre san Francisco de Borja se cuenta en su vida, lib. 4, c. 5, que yendo una vez de camino con el P. Bustamante, que era su compañero, llegaron á una posada donde no hubo para dormir sino un aposentillo estrecho con sendos jergones de paja: acostáronse los Padres, y el P. Bustamante por su vejez y ser fatigado de asma no hizo en toda la noche sino toser y escupir, y pensando que escupia hácia la pared, acertó acaso á escupir en el Padre san Francisco, y muchas veces en el rostro. El santo Padre no habló palabra, ni se mudó ni desvió por ello. Á la mañana, cuando el Padre Bustamante vió de dia lo que habia hecho de noche, quedó en gran manera corrido y confuso, y el Padre san Francisco no menos alegre y contento; y para consolarle, le decia: No tenga pena de esto, Padre, que yo le certifico que no habia en el aposento lugar mas digno de ser escupido que yo.

CAPÍTULO XXV.

Del ejercicio de humildad que tenemos en la Religion.

El bienaventurado san Basilio (1), prefiriendo y anteponiendo la vida monástica á la solitaria, una de las razones que de esto da es, porque la vida solitaria, fuera de ser peligrosa, no es tan suficiente para alcanzar las virtudes necesarias como la monástica, por carecer del uso y ejercicio de ellas. Porque ¿cómo se ejercitará en la humildad el que no tiene alguno á quien humillarse? ¿Y cómo se ejercitará en la caridad y misericordia quien no tiene trato ni comunicacion con otro? ¿Y cómo se podrá ejercitar en la paciencia el que no tiene quien le resista á lo que quiere? Pero el religioso que vive en comunidad tiene gran comodidad para alcanzar todas las virtudes necesarias, por la ocasion grande que tiene de ejercitarse en todas ellas. En la humildad, porque tiene á quien se humillar y sujetar. En la caridad, porque tiene con quien la ejercitar. En la paciencia, porque á quien trata con tantos nunca le faltan ocasiones para esto. Y así podíamos ir discurrendo por las demás virtudes. Mucho debemos al Señor los religiosos por la merced tan grande que nos ha hecho en traernos á la Religion, donde hay tanta disposi-

cion y tantos medios para alcanzar la virtud; al fin es escuela de perfeccion. Pero nosotros tenemos en esto particular obligacion; porque fuera de los medios comunes nos ha dado otros muy particulares, y especialmente para alcanzar la virtud de la humildad, y esto de regla y constitucion. De manera que si guardamos bien nuestras reglas serémos muy humildes, porque en ellas tenemos muy bastante ejercicio para ello. Tal es el que nos pide aquella regla (1) y constitucion que tenemos tan principal é importante en la Compañía, que nos manda que tengamos toda nuestra conciencia descubierta al superior, dándole cuenta de todas nuestras tentaciones, pasiones y malas inclinaciones, y de todos nuestros defectos y miserias; y aunque es verdad que esto se ordena por otros fines, como dirémos en su propio lugar, pero no hay duda sino que es grande ejercicio de humildad. Tal es tambien el que nos pide aquella regla (2), que dice: «Para mas aprovecharse en espíritu, y especialmente para mayor bajeza y humildad propia, deben todos contentarse que todos los errores y faltas, y cualesquier cosas que se notaren y supieren suyas, sean manifestadas á sus mayores por cualquier persona que fuera de confesion las supiere.» Nótese aquella razon que da para

(1) Part. 3 Const. c. 1, § 12, et reg. 40 et 41.

(2) Part. 3, tract. 7, regul. 9 summarii, cap. 4 exam. § 8.

(1) Basil. in reg. fustius disp. 9.

mayor bajeza y humildad propia, porque eso es lo que vamos diciendo. Si deseais alcanzar la verdadera humildad, vos os holgaréis de que todas vuestras faltas sean manifiestas á vuestros mayores. Y así el buen religioso y humilde, él mismo va á decir sus faltas al superior, y á pedir penitencia de ellas, y procura que el primero de quien el superior sepa sus faltas sea de él mismo. Y no solo esto, sino mucho mayor ejercicio de humildad tenemos en la Compañía; porque públicamente decís vuestras culpas delante de todos para que os desprecien y os tengan en poco, que ese es el fin de ese ejercicio de humildad, y no para que os tengan por humilde y mortificado, porque eso no sería acto ni ejercicio de humildad, sino de soberbia. Con este mismo espíritu habeis de tomar y desear las reprensiones, no solo en particular y en secreto, sino en público delante de todos; y cuanto es de vuestra parte os habeis de holgar que se haga aquello muy de veras, y que lo sientan todos así, y os tengan por tal. Y generalmente el uso y ejercicio de todas las penitencias y mortificaciones exteriores que se usan en la Compañía ayuda mucho para alcanzar y conservar la verdadera humildad; el besar los piés y comer debajo de la mesa, ó hincado de rodillas, el postrarse á la puerta del refectorio, etc. Si estas cosas se hacen con el espíritu que se han de hacer, serán

de mucho provecho para alcanzar la verdadera humildad y para conservarla. Cuando os sentais á comer en el suelo, lo habeis de hacer con un conocimiento interior de vos mismo, que no merecis sentaros á la mesa con vuestros hermanos; y cuando les besais los piés, que no merecis aun besar la tierra que ellos pisan; y cuando os postrais, que merecis que todos os pisén la boca. Y habeis de querer y desear que todos lo sientan así. Y sería muy bueno que cuando uno hace estas mortificaciones se actuase interiormente en estas consideraciones, como lo hacia aquel santo monje que estuvo siete años á la puerta del monasterio, de quien dijimos en el capítulo pasado, porque de esa manera serán ellas de mucho provecho, y engendrarán humildad allá dentro en el corazon; pero si vos haceis esas cosas sin espíritu, y solamente exteriormente, serán de poco provecho. Porque, como dijo san Pablo: *Corporalis exercitatio ad modicum utilis est.* I ad Tim. XLVIII. Eso es hacer las cosas por cumplimiento y costumbre, cuando se hace solamente lo exterior, sin espíritu y sin procurar conseguir el fin que se pretende con ello. Si vos acabais de besar los piés á vuestros hermanos, y de postraros para que todos os pisén, y despues les hablais palabras ásperas y desabridas, no viene bien lo uno con lo otro: eso es señal que aquello fue cumplimiento ó hipocresía.

Estos y otros muchos ejercicios de humildad tenemos en la Compañía de regla y constitucion: los he querido traer aquí á la memoria, aunque los apuntamos arriba, trat. 1, c. 7, á otro propósito, para que pongamos los ojos en ellos, y eso sea en lo que principalmente ejercitemos la humildad; porque en lo que el religioso ha de ejercitar y mostrar principalmente la virtud y mortificacion ha de ser en aquello que es menester para guardar muy bien las reglas y constituciones de su Religion; porque eso es en lo que consiste nuestro aprovechamiento y perfeccion. Y si no teneis virtud para poner por obra las cosas de humildad y mortificacion á que os obliga vuestra regla é instituto, no hagais caso de cuanto teneis. Como podemos decir tambien de cualquier cristiano, que lo principal para que tiene necesidad de humildad y de mortificacion es para guardar la ley de Dios; y si para eso no la tiene, poco ó nada le aprovechará. Si no tiene humildad y mortificacion para confesar una cosa vergonzosa, sino que de vergüenza, ó por mejor decir, de soberbia la deja, y quebranta un mandamiento tan principal, ¿qué le aprovechará cuanto tuviere é hiciere? Pues por solo eso se condenará. Así podemos decir en su modo del religioso. Si vos no teneis humildad para descubrir al superior vuestra conciencia, y cumplir una regla tan principal como esa, ¿de qué sirve

la humildad y la mortificacion? Si aun no podeis sufrir que otro avise de vuestra parte al superior para que os corrija, ¿dónde está vuestra humildad? Si no la teneis para recibir las reprensiones y la penitencia, y para hacer el oficio bajo y humilde, y para ser incorporado en el grado que os quisiere poner la Compañía, ¿de qué sirve la humildad y la indiferencia, y para qué la quieren los superiores? Á este modo puede especificar cada religioso en las cosas espirituales de su Religion, y cada uno en las particulares que pide su estado y oficio.

CAPÍTULO XXVI.

Que nos habemos de guardar de hablar palabras que puedan redundar en nuestro loor.

Los santos y maestros de la vida espiritual, Basilio (1), Gregorio, Bernardo, y otros nos avisan que nos guardemos con mucho cuidado de hablar palabras que puedan redundar en nuestra alabanza y estima, conforme á aquello que el santo Tobías, iv, v. 14, aconseja á su hijo: *Superbiam nunquam in tuo sensu, aut in tuo verbo donari permittas*: Nunca permitas que la soberbia se enseñoree en tu corazon ni en tus palabras. Pondera muy bien san Bernardo, epist. 87, á este propósito, aquello de san Pablo: *Parco autem, ne quis me exis-*

(1) Basil. serm. de exercitatione monastica.